

Giordano Bruno y el Aretino

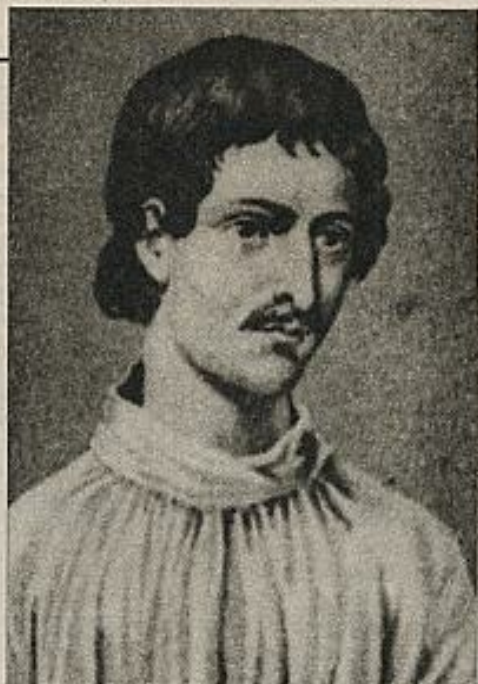
Leo con estupefacción la vida de Giordano Bruno (en el librito de J. M. Gardair sobre los escritores italianos). Fue espantosa. Perseguido una primera vez, huyó de Nápoles; y de Roma, la segunda vez. Apenas convertido al calvinismo e instalado en Ginebra, hubo de abandonar también esta ciudad, rechazado por sus nuevos correligionarios. Llamado a París por Henri III, la reacción católica le obliga a refugiarse en Inglaterra (cuarta huida). Las autoridades oxonianas le son también hostiles; por eso parte hacia París, de donde huye para escapar del duque de Guisa. Entonces se refugia en Alemania. Sospechoso de calvinismo a ojos de los luteranos, huye por séptima vez y vuelve a Italia. Allí, traicionado por su anfitrión, es entregado a la Inquisición y encarcelado; al término de un proceso interminable de siete años, es condenado; con la lengua trabada por una mordaza que le impide blasfemar, desnudo, atado a un poste, es quemado vivo. Todo ello por haber pensado y escrito; al cabo de casi cuatro siglos (todo ocurrió hacia 1600), poco importan los hechos concretos; queda sólo lo que Michelet llamaba la triste y salvaje historia de los hombres.

El personaje principal de esta historia es la bestia inmunda del dogmatismo (llamo así a la colusión efectiva de una idea y un poder). Bruno fue perseguido por los dogmatismos simultáneos de su tiempo: herético, para los católicos; liberal, para los calvinistas; calvinista, para los luteranos, no hizo más que perder en cada una de las casillas del tablero. Pero algo tal vez más perverso aún, la naturaleza sistemática de sus desgracias, la regularidad de sus excesos, daban a su vida algo de melodramático: Bruno se transforma en algo así como la Madre Nutricia de la libertad de pensamiento.

Para impresionar, más vale una desgracia bien elegida que una serie ininterrumpida de proscipciones. Lo que ha dejado en mí esta lectura no es tanto la representación de un continuo vagar cuanto la imagen final de ese hombre desnudo, encadenado, conducido a un atroz suplicio con una mordaza en la boca.

LA OSCILACION

Leída en el librito de Gardair la vida del Aretino. A la muerte de su protector, León X, irá de ciudad en ciudad a buscar y quizá también a ma-



quinar (es ése el punto interesante) nuevas protecciones. Por ejemplo, propone sus servicios al mismo tiempo a Federico Gonzaga y al cardenal Julio de Médici. "De esa forma —dice Gardair—, se dedica ya, mediante vacilaciones calculadas (el subrayado es mío), a volcar en su favor la tradicional dependencia de los hombres de letras respecto del mecenazgo de los príncipes". ¡Cómo me gustaría encontrar un libro (a falta de escribirlo yo mismo) en el que se me recordase (en forma de gran travesía histórica) las relaciones del escritor, del poder y del dinero! ¿Acaso el escritor se halla siempre en dependencia (de una autoridad, de una economía, de una moral, de un superyo colectivo, etc.)? ¿Acaso la escritura es políticamente perversa? El "libro de las tretas" podría llamarse ese nuevo manual de literatura, si ese título no estuviese ya comprometido.

COMPRENDER

Un escritor de edad puede sentirse abandonado por su época; pero su dolor no procede de su soledad; viene de una hiperpotencia amortiguada por el ruido del mundo que le olvida y que él, no obstante, sigue calando con penetración. "¡Lo comprendo todo!", exclama con una mezcla de embriaguez y amargura. ■ ROLAND BARTHES. TRIUNFO y "Le Nouvel Observateur".

ingenuamente en tentaciones simplistas que tan fácilmente pueden atraer, en este momento de desesperanza, a muchos españoles que quieren tirar por la calle de en medio al contemplar las dificultades que tenemos para hacer el paso de la dictadura a la democracia en nuestro suelo.

Nos hace falta más ideal, más utopía; pero, eso sí, enraizada en la realidad. Ni pragmatismo sin ideas, ni abiertos ideales sin concreción. Y, sobre todo, un realismo más claramente progresivo para no ser ingenuos y no caer en el oportunismo del momento.

■ E. MIRET MAGDALENA.

MUSICA

La demostración de los tres guitarristas

Ante la creciente individualización de las voces que dominan en el "jazz" moderno, parte de la crítica empieza a lamentar la pérdida de aquel espíritu, diríamos solidario, que llevaba a los músicos de épocas aún no lejanas a buscar toda clase de encuentros y colaboraciones como forma a la vez de diversión y de confrontación de las propias posibilidades. El "jazz" y sus principales adelantos y revoluciones técnicas y estilísticas deben no poco a ese sentir común, o, mejor dicho, a ese sentir que en cualquier momento todo se puede poner en común. En la comentada pérdida de ese espíritu estaría, pues, de seguir la opinión de quienes tal pérdida aprecian, la total desaparición del "jazz", la música más creativa y de más rápida evolución de nuestro siglo.

El problema está en si se puede seguir a pie juntillas esa opinión. Estimo que la cosa no es para tanto, y podría citar unos cuantos nombres, experiencias y acontecimientos que permiten mantener las esperanzas, por más que tenga que reconocer que la actitud de alguno de los grandes divos sea más bien desconsoladora. Pero lo que diga o crea yo, bien poco vale: los que tienen que demostrar que el ánimo de cooperación sigue en pie son los propios músicos.

sólo incide lo económico, sino lo social, y en él influye en forma creciente la oposición de la Iglesia católica por boca de algunos de sus más caracterizados obispos, como son monseñor Helder Cámara, así como Fragozo, Casaldáliga y el cardenal de Sao Paulo, don Paulo Evaristo Arns.

Quien desee conocer este difícil tema, debe leer este interesante y documentado libro del que fue durante muchos años profesor de la Universidad cató-

lica de Sao Paulo y que, con el también belga Joseph Comblin, son los mejores conocedores de la clave de este crecientemente poderoso país que, por sus riquezas, su dimensión y su posición geográfica, está llamado muy probablemente a tener un papel de primera línea en la marcha y desarrollo del Tercer Mundo. En él apreciará el lector la cara y la cruz del "milagro económico brasileño", y el proceso histórico hacia un episcopado cada vez

más progresivo social y políticamente, que ha evolucionado desde el integrismo más cerrado de bastantes representantes del episcopado del país a la actual postura claramente opuesta al Gobierno dictatorial y represivo de los militares.

Nosotros, desde nuestro pequeño escenario español en proceso de cambio, estamos llenos de dudas, vacilaciones y temores y debíamos mirar mejor fuera de nuestras fronteras, para no caer

Cultura a la contra

Punks y punkettes,
salid de vuestras
alcantarillas

Este mundo es cada vez más pesado, y este país cada vez más insoportable; sobre todo, en estas fechas carnavaleras, donde todo y todo el mundo se disfraza de otra cosa, y los partidos políticos se visten de detergentes. Hay un caos multicolor, cuya misma vistosidad aburre ya un poco. Y uno se siente cada día más deprimido y desorientado en esta ciudad que desgraciadamente no es Marrakech, y donde el sexo y las drogas son uniformemente mal consideradas por todos los sectores de la opinión pública y privada.

Felizmente, se lleva uno sorpresas de vez en cuando; algo divertido ocurre de pronto, que nos hace pensar que en realidad la tristeza que nos invade siete días cada semana debe ser una equivocación o una enfermedad de algo —tal vez, simplemente, un estado de postración y de surmenage—, y no, como habíamos pensado, una visión lúcida y lucida del mundo. A veces, todavía, escuchamos una música agradable; o alguien nos dice una palabra cariñosa; o tal vez se enamoran de nosotros. O nos emborrachamos en circunstancias felices, en agradable compañía.

Algo divertido me ocurrió a mí el otro día, precisamente. Fui a un local pequeño y destartado del barrio de Aluche, un local parroquial o similar, donde tocaban dos grupos rockeros y eso: Gilda y Los Garbos, y Alaska y Los Pegamoides. Dos grupos que se han desgajado del increíble Kaka de Luxe, planeta que estalló en aerolitos multicolores y que está dando el ser a un nuevo modo de hacer rock en Madrid. Reconozco que soy parcial: que me entusiasma con las letras de las canciones y con la imagen escénica de los miembros de ambos grupos. Un amigo que estaba a mi lado comentaba que no saben tocar, que la música que hacen suena a lata. Yo no lo sé, porque no soy crítico musical; sólo sé que por primera vez en bastante tiempo —concretamente, desde que vi actuar por primera vez a la Orquesta Mondragón, infame— no me había divertido en un concierto de rock: que todo eran sinfónicos catalanes con complejo de Chick Corea, o aburridísimos celtas y celtiberos más propios para animar una romería que para sonar en un teatro. Para escuchar rock —esa música que te agarra en la tripa y que actúa como un discurso de Hitler o de Fidel Castro, fundiendo las células grises de la desconfianza— tenía que poner el tocadiscos o escuchar los excelentes programas de Rafael Abizbol, por la FM tan denostada. Pero, claro, el rock no es sólo sonido, sino imagen. Y ésta se me escamoteaba, fálto como estoy de los miles de pelás que cuesta el comprarse un video. Las Alaskas y las Gildas, los Pegamoides y los Garbos, me devolvieron por una mágica tarde la alegría de vivir, o me quitaron la alergia de vivir, por lo menos. Empecé a ver que todavía hay posibilidades de hacer cosas, que hay gente maja que ha asimilado el rollo de los punks y punkettes —que a mí no me gusta, pero que, sin embargo, ha sido fundamental para el desarrollo de la música pop de finales de los setenta—, y que además han sido capaces de superarlo y de asimilar la música de mutantes que ahora se está haciendo en el mundo: una música de plástico y metal cromado, de basura reciclada servida en restaurantes naranja-verde-neón por camareras estridentes. Estos grupos nos dan una visión del mundo sorprendentemente cercana a la realidad. No es culpa suya que el mundo sea feo; es más: ya hacen bastante en extraer de la terrible fealdad ambiente un elemento de diversión, de gracia y de frescura. Cuando los punks y las punkettes reconstituídos salgan del laboratorio que cualquier doctor Frankenstein tiene instalado en una alcantarilla, podremos empezar a divertirnos. ■ EDUARDO HARO IBARS.

De ahí la importancia de la serie de conciertos que acaban de dar por toda Europa John McLaughlin, Larry Coryell y Paco de Lucía. Más que los resultados artísticos —que me apresuro a decir que han superado todas las predicciones—, más que la apoteósica acogida obtenida en todos los puntos a que ha llegado la *tournee*, lo destacable es lo que ésta tiene de sintomático: tres músicos de líneas bien definidas, que han llegado a la cúspide en cada una de sus particulares dedicaciones, que han dejado más que suficiente testimonio de su trayectoria como creadores y que, además, son consumados intérpretes del instrumento que con más fuerza ha hecho irrupción como solista en los últimos veinte años, la guitarra; esos tres músicos, repito, sienten de golpe la necesidad de tocar juntos... y ni siquiera porque piensan que de ahí puede salir algo nuevo —aunque eso los demás lo damos por descontado—, sino simplemente porque tienen ganas de pasárselo bien.

Pero es que hay más cosas. Hay, por ejemplo, que cuando Larry Coryell sale el primero de todos a calentar los ánimos, al primer tema que recurre, en un *opener* que cita un montón de ellos, es a "Nuages", de Django Reinhardt. Luego vendrían alusiones a Horace Silver, a Chick Corea, hasta al maestro Rodrigo y al "Yankee Doodle"... pero la primera llamada había sido a la tradición. Paco de Lucía, a continuación, demostró que él sigue fiel a la suya; a su manera, que es como hay que ser fiel a las cosas. Más espontáneo, menos técnico, lo que los otros habían di-

cho o iban a decir con su experiencia, sus conocimientos, su dominio de los recursos, Paco lo dijo con el sonido, con ese corazón que le suena a la guitarra flamenca, aunque le pongan un micrófono delante.

Cerró la serie de actuaciones a solo, y con ella la primera parte, el líder más o menos solapado de la sesión, John McLaughlin. Con él la historia es distinta, porque todas sus aventuras —desorientadoras a veces para no pocos críticos y aficionados que, sin embargo, no por ello dejábamos de reconocer que era muy bueno—, han terminado en un regreso a los orígenes con una nueva mentalidad. Guitarrista otra vez, y ahora parece que para siempre, el que fue superestrella, visionario, meditador trascendental y todas esas cosas que durante algún tiempo parecía obligatorio ser —no sé si para conectar con los tiempos o para llevarse el gato al agua— le ha dado la vuelta totalmente a la técnica. Que luego los resultados de su actual quehacer puedan gustar más o menos, es otra cuestión: a mi juicio, destrozó una canción tan hermosa como "My Foolish Heart", de Victor Young, pero ese es mi gusto particular, y punto, que aquí uno no es la voz de la ciencia. De otro lado, McLaughlin despidió la primera parte con una emocionante versión de "Goodbye, Pork-Pie Hat", precedida de una no menos emocionante dedicatoria a su autor, Charles Mingus. La tradición, de nuevo.

Con la segunda parte llegaron los encuentros, las piezas a dúo y a trío. Primero fueron McLaughlin y Coryell, sólidamente apo-

Larry Coryell, John McLaughlin y Paco de Lucía durante su actuación en el



sentados en el blues; después, Coryell y Paco de Lucía, sensacionales en lo que comenzó siendo la "Danza del sol mediterráneo", para decantarse finalmente hacia "Entre dos aguas" —¡qué lección de versatilidad la de Larry Coryell en esta fase del concierto!—; más tarde, Paco y McLaughlin, en una típica composición "de atmósfera", que vio los momentos más trabajados de creación espontánea.

Y, por fin, los tres juntos, lo esperado, la demostración completa. Con sus altibajos, como el inicio del solo de Paco en "Manha de Carnaval"; con sus duos particulares en donde el virtuosismo traspasó todos los límites, como el que el mismo Paco sostuvo con McLaughlin en el tema que cerró el programa, para dar paso a las propinas; con sus momentos de euforia —Coryell, enfervorizado, interrumpe uno de sus solos y se pone a bailar como un loco por el escenario, entre la juerga general—; en resumen, con todo lo que implica una sesión de esas que, según algunos, están a punto de perderse. Una de esas sesiones en que todo, hasta una melodía tan obvia como la de Coryell ofrecida como regalo, puede valer, porque todo se puede poner en común.

La demostración hacia taita, como hacía falta que fueran los propios músicos quienes la llevarán a cabo. Y estos tres músicos, que se han llamado a sí mismos "hermanos" en una espléndida composición conjunta, lo hicieron con creces. Nuestra alegría por ello debe ser especial, ya que Paco de Lucía, guitarrista flamenco, es uno de los tres. ■

JOSE RAMON RUBIO.

Pabellón de Deportes del Real Madrid.



"De miedo también se muere", de Burt Reynolds.

CINE

"De miedo también se muere"

Burt Reynolds es un actor de esos que uno nunca se explica por qué gustan tanto y tienen tanto éxito. Inexpresivo, monótono, reiterativo, da lo mismo el papel que haga, porque todos los hace igual de mal. Bueno, pues encima va y dirige una película. Como el que manda es él (es también productor), la mayor parte de tiempo está su cara en la pantalla, y hasta los diálogos de sus interlocutores se montan muchas veces sobre primeros planos suyos.

Un señor yanquí tiene una intoxicación en la sangre que le llevará a la tumba lo más tarde un año. El hombre se desespera y decide suicidarse. Todas sus tentativas fracasan porque, en realidad, no quiere suicidarse. Ese es el argumento. Lo que podía haber sido una divertida comedia, se queda en una sucesión de aburridos momentos para el lucimiento de un actor mediocre. Sólo en algunas escenas hay un cierto humor, pero es una pena que no se haya querido o que no se haya podido alargar esas situaciones y realizar una obra que, por lo menos, haga agrada-

ble la hora y media de proyección.

Tiene "De miedo también se muere" bastante similitud con "El cielo puede esperar", de Warren Beatty. Es mejor la segunda, de todas formas. Además, Beatty es mejor actor que el insoportable Reynolds. Si los americanos han demostrado ser maestros en el género comedia, Burt Reynolds no pasa de un torpe aprendiz. Sólo las escenas del manicomio tienen alguna gracia, y el personaje del polaco acomplejado es el único acierto de toda la película. Eso sí no tenemos en cuenta lo reaccionario que es todo, lo tópico y falso de las situaciones y la falta de creatividad de los gags. En fin, que podíamos haber pasado perfectamente sin la peli-culita que el señor Reynolds se ha montado para mayor honra y gloria de sí mismo. Es mucho mejor el cortometraje que abre la sesión: la historia de un mozo de Cáceres en los tiempos de la revolución portuguesa; por la televisión que le ha regalado su explotador ve los programas del país vecino y se conciencia y manda a aquél a freír espárragos, porque él se marcha a hacer la revolución. ■ EUGENIO LUQUIN.

"Zombi"

De vez en cuando, al público le gusta pasar miedo. "Zombi" llega cuando el éxito por Occidente lo tiene ya garantizado. Al parecer, está siendo un exitazo económico por esos mundos. Y es que a la gente le va lo macabro

cantidad. Sangre hay en la película para dar y vender. También hay, en la misma proporción, mucha violencia, muchos disparos. Y los típicos héroes de la típica película de aventuras.

"Zombi" viene presentada por Dario Argento, un realizador con varias películas en su haber realmente estupendas. Maestro en el dominio de los resortes que llegan a crear en el espectador auténtico pánico, placentero terror, Argento, sin embargo, no es muy aceptado por los listillos y cultillos que se dedican a superar sus frustraciones a través de la crítica cinematográfica. Pero, por encima de sus opiniones, películas como "Cuatro moscas sobre terciopelo gris" o "Suspiria" son obras de gran dignidad, de gran profesionalidad y de mucho talento.

No ocurre, sin embargo, lo mismo con "Zombi". Dirigida por George A. Romero —Argento ha colaborado en el guión—, lleva como subtítulo "El regreso de los muertos vivientes", más que nada para recordar a la película del mismo director y parecido título. Era muy superior "La noche de los muertos vivientes" que "Zombi", en la que se nota la mano de Argento, pero no el genio.

Cuatro personas —un negro, una rubia, un guapo aventurero y un novio memo de la chica— corren diversas aventuras y se enfrentan al medio exterior que les es hostil. Es el esquema de la mayoría de películas de aventuras. En este caso, la hostilidad no viene ni por las adversas condiciones de la Naturaleza ni por enemigos de otros países o galaxias, ni por fantásticos animales. Por Estados Unidos corre una plaga espantosa y ocurre que los muertos no mueren, sino que se transforman en una especie de zombis, atontados, estúpidos y sin inteligencia alguna, que necesitan alimentarse de carne, carne fresca, a ser posible humana. Entonces los cuatro héroes se refugian en unos grandes almacenes. Luchan con los zombis de nodadadamente, se hacen dueños de la zona y, al final, mueren el guapo aventurero y el novio memo. El negro y la rubia embarazada logran escapar.

Hay algunos aciertos en la película: El deseo consumista de los humanos subsiste hasta cuando son zombis, y por eso todos quieren ir a los grandes almacenes. Todo con mucho plano efectista